LA CRUZ ~~vol. 36~~ (1956)

PERIODICALS

PER
BR
7
.C78
1956

Library of The Theological Seminary

PRINCETON · NEW JERSEY

OCT 30 2003

PER BR7 .C78

Cruz.

LA CRUZ

Enero 1º — 1956
No. 123 — Año XXXVI

N A V I D A D

VUELVE de nuevo la fiesta de Navidad a visitarnos con sus recuerdos santos, con sus añoranzas dulcísimas... en esta noche, buena por excelencia, los cielos destilan miel de dulzura —*melliflui facti sunt caeli*— y la tierra se estremece con una alegría veinte veces secular, que estalla en villancicos ingenuos, y en risas infantiles, y en una ternura que humedece los ojos y se adentra en el corazón.

Pero no solamente debemos alegrarnos en esta fiesta; es preciso sacar de este misterio una lección que alimente nuestra piedad. Nos la inspira simplemente contemplar a la Santísima Virgen llevando por primera vez en sus brazos al Niño Jesús.

☆ ☆ ☆

El arte cristiano, la iconografía religiosa, no suele presentar a la Santísima Virgen sola; lo hace únicamente en el misterio de su Concepción Inmaculada, antes de ser Madre de Dios, y en el misterio de su Soledad, cuando después de la Ascensión de su Hijo a los cielos se quedó sola sobre la tierra.

De ordinario, la representa con Jesús. Y es que el misterio de la Maternidad de María es el misterio central de su vida: ¿y cómo se representa a una madre si no es con su hijo?

Hay dos cosas que jamás comprenderemos sobre la tierra: es, en primer lugar, el misterio de su dolor, cuando en sus brazos tuvo a su Hijo muerto y en sus llagas abiertas leyó el drama de su Pasión. El otro misterio que no comprenderemos tampoco, es el de ese júbilo santo, el de

esa alegría inenarrable que experimentó María cuando por primera vez estrechó contra su corazón a su Hijo recién nacido. Esto es inefable: ¡estrechar en su corazón al que era su Hijo y al que era su Dios, y amarlo con un amor que no tiene semejante en el cielo y en la tierra, fuera de aquel amor con que el Padre ama a su Hijo!...

Para darnos alguna idea de esto recordemos que Dios es Creador de todas las cosas, que con su brazo omnipotente sacó a todas las criaturas de la nada. Pero no solamente las hizo salir de ese abismo, sino que las mantiene en el ser con la fuerza de su brazo omnipotente. Si Dios lo retirara, todas las criaturas volverían a la nada. Esto quiere decir que todos *vivimos en los brazos de Dios.*

Si comprendiéramos esta verdad ¿qué podría intranquilizarnos? ¿Qué puede temer un niño en los brazos de su madre? Allí está seguro, allí ningún peligro le alcanza, por eso se adormece con ese sueño lleno de paz de los niños. Lo mismo nos pasaría a nosotros si tuviéramos fe.

¿Qué somos para Dios, aunque las canas blanquean nuestra cabeza, sino niños de un día? ¿Qué son mil años ante Dios, sino un día que ya pasó? como dice la Escritura, "*tanquam dies hesterna quae praeteriit*". ¿Cuál es nuestra edad ante El que es eterno? Somos niños para Dios y el misterio de la infancia espiritual no es solamente el rasgo de una espiritualidad, es el fondo mismo del Cristianismo; el misterio de nuestra filiación adoptiva es el misterio de la infancia espiritual.

Somos niños para Dios, y como niños debemos lanzarnos a sus brazos, y como niños debemos sentirnos seguros en su regazo, porque nos ama más que todos los padres de la tierra y con la ternura de todas las madres del mundo.

Si tuviéramos un poco de fe, ¿qué podría inquietarnos, qué temor podría atormentar nuestro corazón? En el regazo de Dios debiéramos vivir seguros y en paz: "*In pace in idipsum dormiam et requiescam!*" En sus brazos dormiré y descansaré en paz...

★ ★ ★

Pero si es inefable vivir en los brazos de Dios, ¿no es verdaderamente algo inaudito que Dios haya querido invertir los papeles y que no solamente lleve El en sus brazos omnipotentes a todo el universo, sino que una de sus criaturas lo lleve también en sus brazos?

Para eso se hizo pequeño, por eso nació en Belén. Así fue como experimentó María, en esa primera Nochebuena, la dicha de llevar en sus brazos al Omnipotente, de estrechar contra su corazón al Inmenso, de amar con un amor maternal al que era su Dios, dicha inefable que nosotros jamás comprenderemos sobre la tierra...

Pero dicha que, con todo y ser única, quiso Dios que de alguna manera pudiéramos participarla.

Vivimos en los brazos de Dios, de ellos no podemos escaparnos por suerte nuestra; pero también respecto de nosotros ha querido invertir los papeles y se ha hecho tan pequeño que nosotros también *podemos llevarlo en nuestros brazos....*

Para eso se hizo más pequeño que en Belén y se escondió en la Hostia Santa. Cada mañana, cuando lo recibimos en la Sagrada Comunión, se reproduce en nosotros la alegría de Belén, se renueva la alegría del Corazón de María cuando estrechó por primera vez a su Hijo en su regazo. También nosotros lo llevamos en nuestros brazos, también lo escondemos en el regazo de nuestro corazón, también tenemos la dicha de estrecharlo con un amor que es un reflejo del amor de María.

Llevar en los brazos al Omnipotente, estrechar contra nuestro corazón al Inmenso, amar con un amor incomparable al que sólo debiéramos respetar como nuestro Dios, ¿no es una dicha inefable y un trasunto de Belén?

Tal es la alegría de la Navidad. Por eso en esta Nochebuena, en que tenemos la dicha de recibir a Nuestro Señor por la Sagrada Comunión en nuestro corazón, como María, podremos cantar a coro con los Angeles: "*¡Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!*"

J. G. TREVIÑO, M. Sp. S.

Sor Isabel de la Trinidad

PAGINAS INEDITAS

Nuestros lectores conocen sin duda esa obra traducida a muchos idiomas y que tanto bien ha hecho a las almas: LA DOCTRINA ESPIRITUAL DE SOR ISABEL DE LA TRINIDAD, obra con la cual se hizo célebre en el mundo de la espiritualidad el R. P. Philipon O.P.

Ahora, aprovechando cartas y apuntes de Ejercicios, hasta ahora inéditos, nos presenta este nuevo estudio que completará el bien que hizo el primero. Autorizados bondadosamente por el autor, lo ofrecemos a los lectores de La Cruz traducido por primera vez al español.

J. G. TREVIÑO, M. Sp. S.

—I—

LO que más llama la atención en la vida de Sor Isabel de la Trinidad es su maravillosa unidad: *fue la santa de la Habitación de la Trinidad en el alma.*

Los acontecimientos exteriores pasan a un plano secundario en esta existencia toda recogida en el interior de un alma de silencio, atenta a permanecer —a través de todas las cosas— alerta en su fe, en comunicación continua con el Dios viviente en ella, y que encuentra ya su felicidad sobre la tierra en esta intimidad con las Tres Personas Divinas. Las dos fases tan diferentes de su vida espiritual no rompen esta unidad. En el interior de sí misma, en el cielo de su alma, es donde realizará su vocación suprema de "*Alabanza de Gloria*".

★ ★ ★

Desde los primeros toques divinos, el alma de Isabel Catez se sintió atraída hacia ese camino de silencio y de recogimiento que será el rasgo característico de su vida.

A imitación de su madre, que profesaba un culto ardiente por los escritos de Santa Teresa de Avila, de los cuales había copiado extractos en sus cuadernos, Isabel se entregó con pasión a la lectura de las obras de la gran reformadora del Carmelo. Su diario íntimo refiere la impresión profunda que hicieron en su alma.

"*Leo en este momento el "Camino de Perfección" que me interesa enormemente*".

Cree reconocer en estas descripciones de la vida mística sus propios estados de alma, bajo el efecto de la gracia que se apodera de ella en medio de las ocupaciones ordinarias o de las bagatelas aparentes de su existencia mundana de joven.

"*Dios es el que hace todo, nosotros no hacemos nada. Une nuestra alma tan íntimamente con El, que ya no vivimos nosotros, sino que en nosotros vive Dios...*" "*¡Oh! he experimentado momentos de éxtasis sublime, hasta donde el Maestro se ha dignado elevarme con mucha frecuencia durante estos ejercicios, y aún después*".

Una poca de exaltación sentimental se deja transparentar en estas confidencias; pero nos aportan el testimonio precioso de los primeros toques de gracias propiamente místicas, bajo la acción predominante de los Dones del Espíritu Santo. Lo que importa hacer notar es la orientación más y más notable de su vida espiritual hacia el interior de su alma. En ella, como en la Virgen Santísima, "*todo se pasa en el interior*".

Es difícil precisar la influencia directa de estas lecturas en Isabel, cuya espiritualidad permanecerá siempre dentro de la más pura línea de la mística teresiana. Crean en ella, sin embargo, disposiciones profundas a esta gracia de la Habitación divina, que pronto llegará a ser su clima espiritual. Desde entonces, de una manera manifiesta, esta presencia de Dios la trabaja ya en su interior. "*Cuando asisto a estas reuniones, a estas fiestas, mi consuelo es recogerme y gozar de tu presencia*".

Estas notas íntimas de sus Ejercicios tienen el mismo tema: "*Que no viva sino en mi interior, en esa celda que construyes en mi corazón, en ese rinconcito de mí misma, donde te veo, donde te siento tan bien*". Y se establece en esta forma tan personal de unión a Dios por una firme resolución, fruto de sus Ejercicios: "*Que mi vida sea oración continua, que nada me pueda distraer de Ti, en mis ocupaciones, en las alegrías, en el sufrimiento. Que me abisme en Ti, que haga todo bajo tu mirada*".

* * *

El encuentro providencial con el P. Vallée vino a confirmarla en este camino. En una conversación de más de dos horas, el eminente religioso la instruyó sobre esta verdad fundamental del cristianismo revelada por San Pablo: *"¿No sabéis que Dios habita en vosotros y que sois templos del Espíritu Santo?"* A la luz de la teología de la gracia, le expuso cómo las Tres Personas Divinas permanecen presentes en nosotros, más activas que nosotros mismos, y cómo el inmenso amor de Dios explica esta condescendencia divina que va hasta el don de Cristo y de toda la Trinidad. Isabel Catez salió encantada de esta conversación y más tarde escribió: *"El día en que comprendí esta verdad, todo se iluminó para mí"*.

Este descubrimiento de la presencia de la Trinidad en ella, en lo más íntimo de su alma, orientó definitivamente su vida: *"Dios en mí, yo en El: que esta sea nuestra divisa"*, escribía a una amiga que deseaba como ella entrar en el Carmelo. *"¡Qué buena es esta presencia de Dios en el interior de nosotros, en ese santuario íntimo de nuestras almas! Allí lo encontramos siempre; aunque no sintamos su presencia, está allí a pesar de todo; quizá más cerca todavía, como me dices. Allí es donde gusto encontrarlo"*.

* * *

Después de las primeras horas de iluminación deslumbradora, el sentimiento de esta presencia desapareció. En lugar de retroceder o desalentarse, el alma valerosa de Isabel se refugió en una vida de fe más profunda aún: *"Yo misma no soy ya un velo, sino un muro que me Lo oculta: ¡qué duro es, después de haberlo sentido tan cerca! Pero estoy dispuesta a permanecer en este estado de alma... Vayamos a El por la fe pura"*.

Avanzó pues, con plena seguridad por este *"camino magnífico de la presencia de Dios"*. Su alma comenzó a encontrar en El, en todas las circunstancias, un apoyo: *"Me veo privada de ir a la Iglesia, privada de la Comunión; pero Dios no tiene necesidad de un sacramento para venir a mí, lo poseo como si hubiera comulgado. ¡Qué buena es esta presencia de Dios! Allí muy en el fondo, en el cielo de mi alma, es donde me gusta encontrarlo, puesto*

que no me deja jamás... Si se exceptúa la visión, lo poseemos ya como los bienaventurados lo poseen en el cielo".

Y entonces anuncia con júbilo su nombre futuro de Carmelita: *"¿Te he dicho alguna vez cuál será mi nombre en el Carmelo? MARIA ISABEL DE LA TRINIDAD. Me parece que este nombre indica una vocación particular: ¿no te parece hermoso? ¡Amo tanto este misterio de la Santísima Trinidad! Es como un abismo en el cual me pierdo".*

* * *

Desde su entrada en el Carmelo, Sor Isabel de la Trinidad se sintió en su centro. *"La vida de la Carmelita es el silencio". — "Encontramos a Dios en el lavadero como en la oración". — "Veo a mi Maestro en todas partes".* Podía en fin entregarse sin reserva a ese atractivo de la gracia, que la impulsaba a recogerse en lo más profundo de su alma, para vivir allí en la intimidad con sus "TRES".

Los primeros meses fueron de felicidad. *"Vivo en este cielo porque lo llevo en mí". "Esta fiesta de los "Tres" es muy mía. No tiene semejante para mí, es una fiesta de silencio y de adoración. No había hasta ahora comprendido bien el misterio y toda la vocación que hay en mi nombre".* Vive de la Trinidad, con plena conciencia del misterio de unión que se realiza en lo más íntimo de sí misma. Su dicha la llena de júbilo. *"Encontré mi cielo sobre la tierra, puesto que el cielo es Dios, y Dios está en mi alma".*

Los escritos de Santa Teresa de Avila le prepararon para esta vida en su interior; el encuentro con el P. Vallée la orientó definitivamente hacia esa intimidad de todos los momentos con la Trinidad; la lectura asidua de las obras de San Juan de la Cruz la enriqueció con una doctrina profundísima sobre el misterio de la habitación divina y de sus efectos en el alma. *"Tú que deseas ardientemente conocer el lugar donde se encuentra tu Amado, eres tú misma la mansión que lo abriga y la morada que lo oculta".*

Como todos los santos, Sor Isabel de la Trinidad debió pasar también por las purificaciones de la *Noche oscura.* Después de las luces y de los consuelos de los primeros meses, el noviciado fue duro. La víspera de su profesión, su desazón interior era tan grande, que para devolverle la paz, le proporcionaron una conversación con un religioso que vino para pacificarla. Dios, sin embargo, le dejaba presentir otras pruebas. *"La noche que precedió al gran*

día, mientras estaba en el coro en espera del esposo, comprendí que mi cielo comenzaba sobre la tierra, el cielo en la fe con el sufrimiento y la inmolación por El que amo".

La Cruz fue su dote de esposa. De sus sufrimientos íntimos, nada se traslucirá al exterior. Sus cartas nos la mostrarán siempre radiante de dicha toda divina: "*¡Qué felices somos cuando vivimos en la intimidad con Dios, cuando sabemos encontrar al Maestro en el fondo de nuestra alma! Entonces no estamos nunca solos, y tenemos necesidad de soledad para gozar de la presencia de este huésped adorado".*

A través de todas las noches, de todas las impotencias, su mirada permanecía fija sobre la inmutable Trinidad. ¿Qué le importaba lo demás? "*¿No es toda la Trinidad la que descansa en nosotros, todo ese misterio que será nuestra visión en el cielo? Que ese sea nuestro claustro, que nuestra vida se pase ahí. Soy Isabel de la Trinidad, es decir, Isabel que desaparece, que se pierde, que se deja invadir por los "Tres".—Vivo en el amor, en él me sumerjo, en él me pierdo: es el Infinito".* Traducía su propia experiencia al escribir: "*La vida de una Carmelita es una comunión a Dios de la mañana a la noche y de la noche a la mañana. ¡Si Dios no llenara nuestras celdas y nuestros claustros, ¡qué vacíos estarían! Pero a través de todo lo vemos, porque Lo llevamos en nosotros y nuestra vida es un cielo anticipado".*

* * *

Desde hacía dos años, su alma de carmelita vivía en esta intimidad divina; y esta unión iba creciendo cada día y ante ella descorríanse nuevos horizontes.

Encontró un guía admirable para conducirla a la cumbre de la montaña de la perfección: "*Leo en este momento las páginas hermosísimas en que nuestro Padre San Juan de la Cruz nos habla de la transformación del alma en las Tres Personas Divinas.*

¡A qué abismo de gloria hemos sido llamados! Comprendo los silencios y los recogimientos de los santos que no podían salir de su contemplación. Por eso Dios podía llevarlos hasta las cimas divinas donde lo "UNO" se consuma entre El y el alma".

"*Nuestro bienaventurado Padre dice que cuando el Espíritu Santo eleva el alma a una altura tan admirable, la hace capaz de producir en Dios la misma aspiración de*

amor que el Padre produce con el Hijo y el Hijo con el Padre, aspiración que no es otra cosa que el mismo Espíritu Santo. ¡Y pensar que Dios nos llama por nuestra vocación a vivir en esas claridades santas! ¡Qué misterio adorable de caridad! Querría corresponder a él pasando sobre la tierra como la Santísima Virgen que "guardaba todas las cosas en su corazón", sepultándome por decirlo así en el fondo de mi alma para perderme en la Trinidad que mora en mí, para transformarme en Ella".

Su vida por tanto, está totalmente invadida por la Trinidad. Con ocasión de sus conversaciones con sus Hermanas y en su correspondencia, no hablan sino de esta presencia beatificante del Dios Trinidad. *"Está viviente en nuestra alma. El mismo ha dicho*: "SI ALGUNO ME AMA, GUARDARA MI PALABRA, Y MI PADRE LO AMARA, Y VENDREMOS A EL, Y HAREMOS EN EL NUESTRA MORADA". *Puesto que está allí, hagámosle compañía, como el amigo a su amigo. Esta unión divina y toda íntima es como la esencia de nuestra vida en el Carmelo".*

* * *

Y vino la hora en que esta plenitud desbordante se derramó en una sublime oración por toda la Iglesia. Desde hacía mucho, Sor Isabel guardaba preciosamente copiada con su propia mano la elevación magnífica a la Trinidad que concluye el *Diálogo* de Santa Catalina de Sena. *"Es la más hermosa de todas las oraciones que conozco y la que prefiero"*, confiaba Sor Isabel a una de sus compañeras del Carmelo.

Sentía, sin embargo, que no traducía adecuadamente todo el movimiento de su alma y soñaba en componer a su vez una oración, expresión más personal de sus propios sentimientos. Pero tales acentos, donde pasa el hálito de una vida, no pueden brotar sino espontáneamente y bajo la moción omnipotente del Espíritu Santo. Así fue como el 21 de noviembre de 1904, el día de la renovación de sus votos, a la cual Sor Isabel se había preparado con el fervor más grande, bajo una inspiración carismática de la gracia y del Espíritu de Dios, escribió de una sola vez su célebre oración:

"¡OH DIOS MIO!, TRINIDAD QUE ADORO, ayúdame a olvidarme totalmente para establecerme en Ti, inmóvil y serena, como si ya mi alma viviera en la eterni-

dad! ¡Que nada pueda turbar mi paz ni hacerme salir de Ti, oh mi Inmutable: antes bien, que a cada minuto me sumerja más en la profundidad de tu misterio!

Pacifica mi alma, haz de ella tu cielo, tu morada preferida y el lugar de tu descanso. Que no te deje nunca solo, sino que esté allí totalmente, muy alerta en mi fe, toda adoración, toda entregada a tu acción creadora.

¡Oh mi Cristo amado, crucificado por amor! ¡cómo quisiera cubrirte de gloria, cómo quisiera amarte... hasta morir de amor!"

Cristo es el centro de su oración, como dice, pero para llevarla hasta la Trinidad.

"¡Oh mis "TRES", mi Todo, mi Felicidad, Soledad infinita, Inmensidad donde me pierdo, me entrego a Ti como una presa, sepúltate en mí para que me sepulte en Ti, mientras llega el día de ir a contemplar en tu luz el abismo de tus grandezas!"

Fue necesaria toda una vida de silencio, de recogimiento y de amor para formular tal oración. Sin embargo, esa cumbre será todavía sobrepasada.

* * *

El peligro de una carmelita —y de toda alma contemplativa—, al cual no había escapado totalmente hasta entonces Sor Isabel de la Trinidad, es replegarse sobre sí misma. Por eso suplicaba a Dios que le concediera esta liberación suprema: *"Ayúdame a olvidarme totalmente"*. El olvido total de sí misma no florece sino en la cumbre del puro amor. *"Sólo mora en este monte la gloria y honra de Dios,* escribe San Juan de la Cruz, en su hermosa gráfica, en la cima de la Montaña de la perfección.

Esta será en Sor Isabel la obra de los dos últimos años. El 21 de noviembre de 1904, en esta hermosa fiesta de la Presentación de Nuestra Señora, Sor Isabel de la Trinidad parece haber recibido la gracia definitiva del olvido de sí misma. ¿Cómo podía Dios no haber escuchado su oración?

Tres días después escribía con seguridad a una amiga: *"Te parece difícil olvidarte; ¡si supieras qué sencillo*

es! Te voy a confiar mi secreto. Piensa en ese Dios que habita en ti y cuyo templo eres. San Pablo es quien nos lo asegura y podemos creerle. Poco a poco el alma se habitúa a vivir en su dulce compañía. Comprende que lleva en sí misma un pequeño cielo, donde el Dios de amor ha fijado su morada. Entonces no respira, sino como en una atmósfera divina. Ya no tiene sobre la tierra sino su cuerpo, su alma habita en Aquel que es el Inmutable.''

M. M. PHILIPON, O. P.

(Continuará)

N. B.—La oración de Santa Catalina de Sena es ésta: *''¡Oh Trinidad eterna! eres un océano profundo donde mientras más ahondo, más encuentro; donde mientras más encuentro, quiero ahondar más...*

Saciando mi alma, no la sacias nunca; porque está siempre ávida, siempre hambrienta de Ti, oh Trinidad eterna; porque desea ver tu luz en tu luz. Como el ciervo sediento suspira por el agua de las fuentes, así mi alma desea salir de su prisión oscura para contemplarte tal como eres en la plenitud de tu Ser. ¿Por mucho tiempo todavía tu rostro seguirá oculto a mis ojos?

Oh Trinidad eterna, fuego y abismo de caridad, disipa la nube de mi cuerpo; porque el conocimiento que me has dado de Ti mismo me llena de tu verdad y me obliga a desear ser desatada de mis lazos terrestres; me vuelve ávida de dar esta vida para el honor y la gloria de tu nombre, porque he gustado y visto con mi inteligencia, en tu luz, el abismo de tus grandezas y la belleza de tu criatura, el alma. Viendo por tus ojos, he comprendido que fui hecha a tu imagen, puesto que me has participado tu poder.

Oh Padre eterno, comunicaste a mi inteligencia la Sabiduría que pertenece a tu Hijo único; y el Espíritu Santo, que procede de Ti y de tu Hijo único, me dio la voluntad por la que soy capaz de amarte; porque Tú, oh Trinidad eterna, eres mi Creador y yo soy tu criatura; y me has revelado, por la creación nueva que me ha dado la sangre de tu Hijo único, con qué pasión amas la belleza de tu criatura''.

Si esta hermosa elevación a la Trinidad, que Sor Isabel guardaba siempre en su "Manual del Cristiano", le sugirió la idea de componer su propia oración, se comprende, sin embargo, qué diferente es su inspiración. Nada es tan personal en un alma como su manera de orar.

En la oración de Sor Isabel encontramos también muchas expresiones del P. Vallée que Sor Isabel hizo suyas. Lo mismo pasa con la fórmula: "*humanidad de añadidura*" de Monseñor Gay.

Lo que caracteriza la espiritualidad de Sor Isabel, con relación al genio creador de Sor Teresa de Lisieux, es su poder admirable de asimilación en profundidad. Todas esas reminiscencias verbales, animadas por el movimiento fundamental de su alma, brotaban de una manera espontánea, en una síntesis viviente, al soplo del Espíritu Santo, según su gracia personal: *su intimidad con los Huéspedes de su interior.*

LA CRUZ

REVISTA MENSUAL DE ASCETICA Y MISTICA

dirigida por los Misioneros del Espíritu Santo.

Director: J. G. TREVISO

Apartado postal 1580. Oficinas: Madero 42-31

Teléfono: 21-84-04 México 1, D. F.

SUSCRIPCION: Por un año $ 8.00. — Número suelto, $ 0.80.

En el Extranjero, Dlls. 1.00.

● A los agentes, descuentos especiales. ● La persona que coloque 10 suscripciones, recibirá una gratis por un año.

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA Y PERMISO DE LOS SUPERIORES

Registrado como Art. de 2ª clase en la Oficina de Correos de Tlalpan, el 1º de febrero de 1921 y en la Oficina de Correos de México, el 20 de enero de 1927.

Yo Soy el Camino, la Verdad y la Vida

—XI—

INSISTAMOS un poco más sobre este gran tema: *el amor que debemos a Nuestro Señor.*

Ya vimos sue para alcanzar la perfección hay que estudiar sus enseñanzas, conocerlo y tratarlo a El mismo, imitar sus ejemplos y vivir su misma vida; pero para realizar todo este programa de perfeccion, el gran motivo que nos ha de mover no puede ser otro que el amor que le profesemos.

En este artículo vamos a insistir en que El merece todo nuestro amor.

Desde luego, Jesús en su vida manifestó todas las ternuras, todas las delicadezas del amor.

* * *

Fue un hijo modelo. Durante su infancia, su adolescencia y su juventud, estuvo plenamente sometido a sus padres, a tal grado, que el Evangelio resume todos los 30 años de su vida oculta con estas palabras: "*Et erat subditus illis — Y estaba sujeto a ellos* (1)". Pero esta sujeción nacía del amor que profesaba a sus padres.

No es dado al hombre reconstruir la vida en la casita de Nazareth; el mismo Evangelio la envuelve en un respetuoso silencio. Pero debe haber sido algo verdaderamente encantador las atenciones que Jesús prodigaba a sus padres: ¡con qué respeto trataba a San José, a pesar de que Jesús era su Dios! ¡con qué ternura, con qué delicadeza trataba a su Madre Santísima!...

* * *

También fue un modelo de ternura y de fidelidad para sus amigos.

Si no podemos formarnos idea de lo que fue la vida de Nazareth, menos difícil es sospechar lo que fue la vida de intimidad en Betania, con sus amigos Lázaro, Marta y María. ¡Cómo aparece Jesús conmovedoramente humano cuando, en medio de las fatigas de su vida apostólica, cansado de luchar con sus enemigos, harto de tratar con los hombres tan egoístas, tan materiales, tan burdos, que no lo comprendían, que no acertaban a vibrar al unísono de su Corazón... se escapaba para refugiarse en Betania... Y allí derramaba la plenitud desbordante de su Corazón —¡con qué libertad! ¡con qué confianza!— en aquellos corazones que lo comprendían...

Por eso, cuando murió Lázaro a quien llamaba: "*Lazarus, amicus noster, Lázaro, nuestro amigo* (2)", le rindió el tributo de sus lágrimas...

La antigüedad había escrito que llorar no es propio de un filósofo. Jesús demuestra que las lágrimas no son indignas de un Dios...

* * *

Manifestó igualmente una ternura exquisita con los niños.

No es raro que a los personajes y aun simplemente a las personas mayores les causen molestia los niños. Es muy común que cuando llega una visita se les despida y, si esto no es posible, se les mande callar y estarse quietos. Por más que no falten niños vivarachos que protesten, como aquel pequeño que, al recibir la orden de callarse, replicó: —Entonces, ¿para qué me hicieron boca?...

Pero es propio de los grandes corazones comprender a los niños y abajarse hasta ellos.

No hace mucho pude contemplar una escena encantadora. El Exmo. Señor Arzobispo fue a bautizar al hijo de un gran personaje. El bautismo iba a celebrarse en la propia residencia de dicho señor; y entre el ir y venir de los invitados y de las personas que preparaban lo necesario, vino a quedar su Excia, solo, ya revestido con sus paramentos pontificales. Acercósele entonces una niña pequeñita, de unos 4 años, a quien le llamó mucho la atención aquellas vestiduras que veía por primera vez, especialmente la mitra. Y se entabló un diálogo delicioso:

—Oye, —los niños tutean a todo el mundo— ¿qué es eso que traes en la cabeza?

—Es mi sombrero; así como tú tienes uno propio de niña, así tengo yo el propio mío.

—¡Ah! ¡pero qué bien te queda!... Oye, pónmelo a mí, a ver si me queda bien.

Y el Prelado, con una gran condescendencia, se quitó la mitra y la puso sobre la cabecita de la niña. Naturalmente se le hundió hasta los hombros y le cubrió la carita.

—¿Ya ves? Este sombrero no es para ti, porque todavía eres muy pequeña y tu sombrero debe ser a tu medida.

—¡Ah, vaya!...

Y así continuó el diálogo entre una niña de 4 años y el Arzobispo Primado de México...

Con mayor razón Nuestro Señor era con los niños bondadosísimo.

Y los pequeñitos parece que adivinan quién los quiere; en realidad tienen una intuición especial para conocerlo; y hacia esa persona van espontáneamente, sin temor alguno, con plena confianza, aunque se trate de un gran personaje. Eso los tiene sin cuidado.

Así lo adivinaron los niños de Galilea; y por eso, apenas se presentaba Jesús, y de todas las casas salían niños que corrían hacia El, y unos se cobijaban con su manto, otros se acurrucaban a sus pies, y los más pequeños —y por eso los más atrevidos— trepaban hasta esconderse en su regazo...

Los Apóstoles eran de esa gente grande a quienes molestan los niños, y los reprendían, diciéndoles que se fueran a hacer alboroto a su casa y no vinieran a interrumpir la predicación del Maestro.

Pero Jesús, como sabemos, salía a su defensa: "*Dejad que los niños se acerquen a Mí...* (3)" Y el Señor para cada uno tenía una palabra, una bendición, una caricia. ¡Cuántas frentes infantiles, inocentes y puras, se vieron perfumadas con el ósculo santo del Hijo de Dios!

* * *

Jesús manifestó una gran ternura para los enfermos.

El Evangelio no nos dice todas las curaciones que Nuestro Señor hizo; porque San Juan asegura —con un dejo de exageración oriental— que si se hubiera escrito todo

lo que hizo Jesucristo, no sería suficiente el mundo para contener esos libros. Nos da a conocer, sin embargo, algunas.

No aparecía el Señor en un lugar sin que de todas partes se presentaran toda clase de enfermos: muchos de ellos asquerosos, como los que sufrían esa terrible enfermedad de la lepra; otros importunos y exigentes. Pero Jesús acogía a todos, los bendecía y los curaba.

A las veces bastaba que tocaran la orla de su manto, porque de El salía una virtud que lo sanaba todo.

¡Y qué jornadas más laboriosas las del Señor! Todo el tiempo predicaba a las multitudes, curaba a los enfermos, viajaba a pie de un lugar a otro, sin tener tiempo a veces ni para comer. Sin embargo, nunca decía: *"¡Váyanse! ¡ya me cansé!"*: porque su paciencia no tenía límites.

* * *

Pero, sobre todo, *Jesús manifestó la dulzura, la indulgencia más difícil de todas para un alma santa que comprende lo que es el pecado: la que necesitan los pecadores.*

Los fariseos, con su pretendida y falsa virtud, se escandalizaban de Jesús por la bondad que manifestaba a los pecadores; y señalándolo despectivamente con el dedo, decían *"Hic peccatores recipit! ¡éste acoge a los pecadores!"* (4). Más aún, lo llamaban "amigo de los pecadores (5)".

Todos los que tienen espíritu farisaico sienten repulsión y asco por los pecadores. Y este espíritu no es propio de los mundanos: los malos se entienden con los malos a maravilla. Ese espíritu sólo se encuentra entre los falsos cristianos que no tienen el espíritu de Jesucristo.

¡Qué orgullo más detestable que el orgullo de la falsa virtud *"No me toques* —dice— *porque soy puro y me manchas!"*

Ese no es, repito, el espíritu de Jesucristo. La abyección de los pecadores, los castigos con que se veían amenazados, los remordimientos que destrozaban sus almas, sus sufrimientos íntimos, todo esto despertaba su compasión.

Y por eso no ahorró trabajos ni fatigas para evangelizarlos, para tocar a la puerta de sus corazones, para llamarlos a penitencia.

Y cuando sus discípulos querían usar de violencia contra los pecadores recalcitrantes y querían que los consumiera un fuego llovido del cielo, Jesús los reprendía: *"No*

conocéis todavía el espíritu que debe animaros... El Hijo del hombre no vino a perder las almas sino a salvarlas (6)".

Y a la pregunta de Pedro a propósito del perdón de las ofensas:—"*¿Qué puedo perdonar hasta siete veces?*"— ¡Ya le parecía que eran muchas!— —"*No digo siete veces,* le contesta, *sino hasta setenta veces siete* (7)", lo que en el lenguaje oriental equivale a un número ilimitado de veces.

No hay para qué recordar todas las parábolas que revelan la misericordia de su Corazón ni las palabras con que acogía a los pecadores, porque están en la memoria de todos; por ejemplo, las que dijo de Magdalena: "*Remituntur ei peccata multa, quoniam dilexit multum, se le han perdonado muchos pecados, porque ha amado mucho* (8)". Con un Santo Padre podríamos, con mayor razón, poner en labios de Nuestro Señor estas palabras:

"*¡Te he perdonado mucho, porque mucho, mucho más te he amado!*"

Es decir, que Dios perdona teniendo en cuenta lo que lo amamos, porque ese amor es la disposición necesaria para recibir su perdón; pero su verdadera causa es el amor que nos tiene, y por eso su perdón —como su amor— no tiene medida, no tiene límites.

* * *

¿Qué ternuras puede soñar el corazón humano que no descubra en el Corazón de Cristo?

Basta sufrir para atraer su compasión; basta caer para atraer su misericordia, y tanto más, cuanto más grande es nuestra miseria.

Y las peores abyecciones, los pecados más repugnantes, los crímenes más abominables, son los mejores títulos para su compasión y hasta para su indulgencia. Todos los hombres pueden condenarnos; El no nos condenará jamás, si arrepentidos nos acogemos a su misericordia: "*Neque ego te condemnabo!*"

¿Cómo sería posible dudar de El? ¿cómo sería posible resistir a los atractivos de su amor?

* * *

Pero consideremos también cómo su amor sale victorioso de todas las pruebas.

Su amor pasó, como nadie, por *la prueba del sufrimiento*, por el crisol del sacrificio. ¡Cuántas personas —lo hemos experimentado en nuestra vida— nos manifiestan afecto mientras no tienen que sacrificarse por nosotros! El día en que se habla de sufrir, nos vuelven las espaldas.

Jesús nos amó hasta el sacrificio de su vida, hasta morir en la cruz, hasta derramar la última gota de sangre...

Así como una persona caritativa que nos da cuanto tiene, y vacía su bolsillo, y nos hace ver que no le queda nada: así Nuestro Señor, después de haber derramado por nosotros toda su sangre, pudo decirnos: "*¿Qué más podía hacer por ti que no lo haya hecho* (9)? *¡No queda una gota de sangre en mis venas!...*" Cuando Longinos abrió su Corazón, brotaron las últimas gotas de sangre que le quedaban...

* * *

También resistió otra prueba muy distinta, *la del éxito*.

Decían los antiguos filósofos: "*Cuando te sonría la fortuna, contarás innumerables amigos; pero si cayeres en desgracia, todos te volverán las espaldas*". Pero también sucede al contrario: ¡cuántos al llegar a la prosperidad, al elevarse en los cargos y dignidades, al triunfar en la vida, se olvidan de los que fueron sus amigos de los malos tiempos!

Jesús, en el triunfo de su Resurrección, parece que hace derroches de ternura. No tiene una sola palabra, fijémonos bien, una sola palabra de reproche para sus Apóstoles por haberlo abandonado a la hora de la prueba; ni siquiera la tiene para Pedro que renegó de El. Todo lo contrario, como si se hubieran portado de la manera más fiel y más heroica sólo tiene para ellos palabras de exquisita bondad.

¡Y con qué llaneza, con qué simplicidad santa los trata! Cuando los Apóstoles, después de atravesar el lago de Tiberíades, ven delinearse en la ribera, en medio de la semi claridad del amanecer, una figura misteriosa; *¡es el Señor!*, exclama San Juan. Y El es, en efecto, que se les ha adelantado en Galilea, como les había anunciado. Y con una solicitud maternal, diríamos, tiene ya encendida la fogata.—*Muchachos*, les dice, *¿no tienen a la mano algo que comer?* Y después de la pesca milagrosa, asa los peces y los invita a almorzar. ¿Puede darse familiaridad

más encantadora? Así trata a los que acaban de ser traidores a su amistad... (10).

Y eso mismo se repite con frecuencia en nuestra vida; ¡cuántas veces también nosotros lo abandonamos! ¡cuántas veces en la hora de la prueba lo traicionamos en grande o en pequeña escala! Sin embargo, cuando volvemos a El —ahora que reina en el cielo y podía castigarnos— no tiene para nuestra miseria una palabra de reproche.

Se refiere de Santa Gertrudis que se había propuesto corregirse de cierta imperfección; y el día que hizo este propósito con más firmeza y que esperaba cumplirlo fue cuando cayó mayor número de veces.

De manera que en la primera ocasión que en ese día volvió a la iglesia, estaba tan cortada, sentía tal bochorno, que no se atrevió a mirar al Sagrario. Nuestro Señor le habló y le dijo:

—Pero, hija, ¿qué te pasa?

—¿No ves, Señor, que apenas te acabo de prometer no caer en esta falta y ya he caído 3 ó 4 veces?

Y Nuestro Señor le dijo esta palabra que revela su Corazón:

—*"Hija, Yo perdono y olvido, pero... ¡no llevo cuenta!"*

* * *

Quizá la prueba que más aquilata el amor es *la ingratitud*. Fue también una de las penas que más amargaron el Corazón de Cristo, como El mismo lo aseguró: *"No, no es un enemigo el que me maldice: eso lo soportaría sin dificultad; no es uno de los que me aborrecen el que me injuria: me bastaría ocultarme. ¡Pero eres tú, mi "OTRO YO", mi amigo, mi íntimo..., que te sientas a mi mesa, que te alimentas con mi Cuerpo y con mi Sangre, ¿tú eres el que así me tratas...?"* El texto del salmo está cortado, como si un sollozo ahogara la voz... (11).

Por eso, cuando Jesús se apareció a Santa Margarita María, le dijo: *"He aquí el Corazón que tanto ha amado a los hombres y que en cambio no ha recibido de ellos sino ingratitudes y desprecios, sobre todo de las almas que me están consagradas"*. No precisamente porque sean las que más lo ofenden, sino porque sus ofensas son las que más lo hieren.

Y concluye con un acento de inmensa amargura: "¡AMAME TU SIQUIERA!!..."

Al darnos cuenta de lo que somos los más allegados a Nuestro Señor, que no pasamos de una triste mediocridad, cuando debíamos ser santos; lo primero que se ocurre es pensar: ¡Pobre de Nuestro Señor! ¡cómo tiene que soportar la indolencia, el egoísmo, la incomprensión, las indelicadezas de sus amigos! Cuando nos colma de gracias y nos prefiere a todos, le pagamos con ingratitudes...

Podríamos estudiar esta generosidad de Nuestro Señor con los ingratos viendo cómo trató a Judas, a Pedro y a todos los que de una manera o de otra han sido ingratos con El.

Si Nuestro Señor hubiera obrado siguiendo sólo los dictados de la razón humana, cuando se vio ante los tribunales abandonado de sus discípulos a quienes había amado tanto, de los enfermos que había curado, de aquellas multitudes que había colmado de favores, ¿no era lo más natural que dijera: Aquí se acabó todo: ¿para qué sacrificarme por los ingratos?

¿Quién es el que se resuelve a sacrificarse y a morir por los que ni siquiera toman en cuenta lo que por ellos se hace?

Sus enemigos lo conjuraban a que bajara de la cruz. Jesús hubiera podido descender de ella; lo merecían nuestras ingratitudes... Pero El se aferró en sufrir por los ingratos... Y no le bastó crucificarse una vez en el Calvario: ¡todos los días se sacrifica por nosotros —ingratos— en el altar!...

* * *

Y así es cómo el amor de Nuestro Señor resiste todas las pruebas, cómo ha resistido todas las ingratitudes de nuestra historia íntima, cómo nos sigue amando a pesar de todo y cómo nos repite todavía, mostrándonos almas más ingratas quizá que nosotros, la misma súplica que a Margarita María:

"¡AMAME TU SIQUIERA!!..."

J. G. TREVIÑO, M. Sp. S.

---

(1) Luc., XV, 2.—(2) Joann., XI, 11.—(3) "Sinete parvulos venire ad me". Marc., X, 14.—(4) Luc., XV, 2.—(5) "Peccatorum amicus". Matth., XI, 19.—(6) Luc., IX, 55.—(7) Matth., XVIII, 22.—(8) Luc., VII, 47.—(9) "Quid est quod debui ultra facere... et non feci?" Isa., V, 4.—(10) Joann., XXI, 1-14.—(11) Ps. LIV, 13, según el texto hebreo.

La Vida en el Interior del Corazón de Jesús

LA PUREZA

EN los artículos anteriores, examinamos los diversos obstáculos que nos impiden vivir en el Corazón de Jesús, desde el pecado mortal hasta esos finísimos obstáculos —los vicios espirituales— que ni acertamos a quitar ni menos a eliminarlos.

En la medida en que estos obstáculos se quitan, el alma se va purificando más y más. En realidad toda nuestra vida es una constante purificación; porque aun en las cumbres de la santidad todavía quedan no sé que ligeros vestigios del hombre viejo.

Pero la pureza no solamente tiene sentido negativo, no sólo es *"carencia de tierra"*, según la palabra que los griegos usaban para definir la santidad —*agios*, sin tierra—, sino que tiene también un aspecto positivo.

Porque si ser puro es carecer de tierra, y tierra es todo lo que no es Dios, ha de haber alguna cosa positiva en ese concepto de pureza.

Lo que pasa es que tratándose de Dios son más comunes y más expresivos los términos negativos que los positivos, porque es más fácil saber lo que no es Dios que lo que es. Así decimos que Dios es *inmenso, infinito, inefable...*, términos negativos con los que expresamos lo que Dios no es, que no tiene medida, que no tiene límite, que no se puede expresar su perfección con ideas humanas. Y estos términos son muy propios del conocimiento que tenemos de Dios, porque en esta vida ese conocimiento es más negativo que positivo.

De la misma manera, a la pureza, aunque el término en sí es positivo, la entendemos de una manera negativa:

pureza es lo que no tiene manchas, lo que no tiene polvo, lo que no tiene tierra.

Pero la pureza en Dios es una cosa positiva; y también debe serlo en nosotros, puesto que nuestra pureza, en último término, ha de ser una participación de la pureza de Dios.

Así es que, cuando nos hayamos purificado en el sentido de haber limpiado nuestro corazón de toda la tierra que había en él, podemos seguir aumentando en nosotros la pureza de una manera positiva.

* * *

La pureza positivamente considerada, ¿sabemos lo que es?

—Es un reflejo de Dios. Es *la divinización del alma*. Y ese reflejo lo podemos recibir cada día con mayor abundancia, con una claridad más viva, con más grande esplendor. Y esa divinización se puede ir realizando cada día en nuestra alma en mayor grado y con más grande intensidad.

Voy a tratar ahora de la PUREZA, especialmente bajo este punto de vista positivo; porque la pureza es algo muy propio del espíritu de la Cruz y, por lo mismo, es preciso conocerla cada día mejor y amarla con toda nuestra alma.

¿Quién de nosotros no ha sentido en lo íntimo de su corazón un atractivo irresistible por la pureza?

Almas habrá quizá que no sepan a punto fijo en qué consiste el vicio contrario; pero Dios pone en ellas como un instinto que las hace huir de él y buscar la pureza, porque presienten que en ella hay algo celestial, algo divino, algo íntimamente relacionado con Jesús, la pureza divina humanizada.

De modo especial quiero que, al recorrer esta escala de la pureza, lleguemos a su cumbre y consideremos en el Corazón sacratísimo de Jesús su pureza incomparable. La mejor manera de saber lo que es la pureza es asomarnos al Corazón de Jesús: nuestra pureza no será sino un reflejo de ese Corazón divino.

La parte negativa de la pureza la podemos comprender muy bien por las cosas que hemos excluido: ser puro, en su primer grado, es arrojar de nuestro corazón el pecado mortal; el segundo grado consiste en evitar los pecados veniales; el tercero, en quitar los afectos desordenados de

nuestro corazón; el cuarto, en apartar de nuestra alma todo lo que hay en ella de humano; el último, consiste en purificar al alma de los vicios espirituales, de esos apegos sutiles que sólo el Espíritu Santo puede arrojar de nuestra alma.

Tal es la escala de la pureza negativa; ¿cuál es la de la pureza positiva?

Para comprender lo que es esa pureza positiva, entremos en el Corazón de Jesús y contemplemos su pureza. Ese Corazón divino está formado de pureza, en él se enlazaron maravillosamente la pureza del cielo y la pureza de la tierra. Porque todas las purezas están en ese Corazón divino.

Para comprenderlo, conviene que sepamos que los teólogos distinguen en Nuestro Señor tres gracias: *la gracia de la unión hipostática, la gracia habitual,* como la que nosotros tenemos, y *la gracia* que llamamos *capital,* la que le corresponde como Cabeza de la humanidad y de cuya plenitud recibimos todos, según la expresión de San Juan.

Ahora bien, cada una de esas gracias produce una pureza, o si se prefiere, una forma, un matiz de pureza. Porque gracia y pureza son dos cosas tan íntimamente unidas que casi se confunden.

Acabo de afirmar que la pureza es la divinización de nuestra alma. Ahora bien, lo que fundamentalmente nos diviniza es la gracia; porque, como dice San Pedro, es "*una participación de la naturaleza divina* (1)". A tal grado nos diviniza la gracia, que verdaderamente se nos pueden aplicar las palabras de la Escritura: "*Yo lo he dicho, vosotros sois dioses. Ego dixi: dii estis vos* (2)".

El demonio realmente profetizó, aunque sin saberlo, cuando le dijo a Eva en el Paraíso: "*Seréis como dioses. Et eritis sicut dii* (3)". El lo dijo mintiendo para engañarla, para excitar su vanidad y su soberbia; pero Nuestro Señor, seguramente por una especie de divina ironía, quiso que se realizara lo que había dicho el demonio, pero en un sentido totalmente distinto. Porque con ocasión de ese primer pecado, vino Jesucristo, nos redimió, nos comunicó la gracia e hizo de nosotros dioses en cierto sentido, porque nos hizo participantes de la naturaleza divina.

Esa gracia, como lo sabemos, viene siempre acompañada de un cortejo formado por las virtudes infusas y los Dones del Espíritu Santo; y todo ese conjunto divino vie-

ne a divinizar nuestro ser, nuestras facultades y toda nuestra actividad.

La gracia, pues, con las virtudes y los Dones, nos diviniza y, divinizándonos, nos comunica la pureza positiva.

Porque la pureza es el reflejo de Dios en nosotros, es la perfecta divinización de nuestra alma.

LUIS M. MARTINEZ,
Arzobispo Primado de México.
(*Continuará*)

---

(1) II Pef. I, 4. "Ut per haec, efficiamini divinae consortes naturae".—(2) Ps. LXXXI, 6.—(3) Gen., III, 5.

EL CALIZ

Para "La Cruz".

NO tiene más de diez centímetros de profundidad, pero es lo más hondo que hay en el universo.

Cuando el sacerdote en el altar se agacha sobre este abismo de fe (*mysterium fidei*), escucha mensajes que está obligado a desparramar sobre el mundo; porque él es el único, entre los millones de seres que hablan, que puede decirnos algo nuevo.

Cada una de esas palabras contiene el secreto de la misericordia y de la esperanza, es decir, de la redención y de la felicidad.

Pero el mundo distraído o desesperado no las escucha y si las escucha no las entiende, porque ha perdido el vocabulario de Dios.

Mas para que pueda inculparse al mundo de esta ignorancia, es necesario que los únicos que pueden agacharse sobre el cáliz para oír los murmullos de ese abismo, los recojan y luego los repitan en tiempo y hasta fuera de tiempo (*opportune, importune*), y los expliquen; porque, a pesar de ser cosas tan viejas, tienen la permanente novedad del Evangelio: "*Amaos los unos a los otros*".—"*No sólo de pan vive el hombre*".—"*Yo soy el camino, la verdad y la vida*"...

HUGO WAST
Buenos Aires, Julio de 1955.

CONVERTIDOS DEL SIGLO XX

EDITH STEIN

(1891 - 1943)

TERMINABA el invierno de 1945...

Friolenta y replegada sobre sí misma, la pequeña aldea d'Echt, en el Limburgo (Holanda), suspiraba por la próxima primavera para curar sus heridas. Había poca gente en las calles y la circulación era casi nula, cuando apenas acababa de celebrarse la victoria que puso fin a la segunda guerra mundial.

De pronto, un auto militar atraviesa la población y atrae la curiosidad de los habitantes. Reconocen al Prior del Carmelo de Geleen, acompañado del P. van Bréda, profesor de la Universidad de Lovaina.

El auto se detuvo ante un edificio en ruinas, el antiguo Carmelo, destruido por los bombardeos. Los habitantes se extrañaron de ver a aquellos dos sacerdotes que descendieron y se adentraron, no sin dificultad, entre los escombros para dedicarse a buscar hojas de papel deterioradas y esparcidas aquí y allá.

Como ya no pudieron encontrar más, reunieron con gran cuidado el resultado de sus pesquisas y partieron.

¿De qué interés podía ser aquel legajo de papeles?

Se trataba del manuscrito de una importante obra de filosofía, abandonadas en su celda por una carmelita bruscamente deportada hacia el Este, en agosto de 1942. "*El Ser Finito y el Ser Eterno*", así se titulaba esta obra de filosofía, la más importante de la vida de Sor Teresa Benedicta de la Cruz.

Tal era el nombre en religión de Edith Stein. Judía convertida, discípula predilecta del gran filósofo Edmundo Husserl, célebre en el mundo intelectual alemán antes de entrar en religión; fue —según testimonio de Dom Wal-

zer, Abad de Beuron — una de las más eminentes mujeres de nuestra época.

Su vida y su conversión son un admirable canto de fidelidad a la gracia. Todo parecía apartarla del cristianismo: el medio en que nació, su educación judía, sus estudios con un eminente maestro cuya filosofía sedujo al extremo su profunda inteligencia, la perspectiva de una carrera universitaria de las más brillantes. Paso a paso, supo corresponder al llamado de Dios y triunfó sucesivamente de todos los obstáculos que la separaban de El.

LA HIJA DE ISRAEL

12 de octubre de 1891. Estaba de fiesta la familia Stein. La elevada casa de la calle de Saint-Michel, en Breslau, de aspecto de ordinario severo, parecía sonreír en aquel día. A los seis hijos de los esposos Stein, venía a agregarse una pequeña niña de nombre Edith.

Para formarnos una ligera idea de la atmósfera de aquel hogar israelita modelo, sería preciso recurrir a ciertas aguas fuertes de Rembrandt, en las que el artista nos transmite fielmente la fisonomía de los hogares judíos del ghetto de Amsterdam.

Desde sus primeros pasos, la pequeña Edith se encontró envuelta en la atmósfera del Antiguo Testamento. Todo le hablaba del Pueblo de Dios. Las imágenes de la Biblia en los muros de la casa, los motivos grabados sobre los armarios de roble, las oraciones tradicionales recitadas en hebreo, los ritos del Talmud fielmente observados y, sobre todo, el admirable ejemplo de una madre profundamente religiosa, la mujer fuerte de la Sagrada Escritura, cuya energía extraordinaria y celo incansable van a desplegarse sin cesar a partir de la muerte de su esposo.

Edith Stein tenía tres años cuando su padre murió repentinamente en un viaje de negocios. Sin vacilación, la madre se hizo cargo de todo: el importante comercio de maderas y la educación de sus siete hijos. Bajo su dirección el negocio prosperó; sin perdonarse fatigas, emprendía largos viajes hasta Croacia para dirigir y vigilar el transporte de leña. Al mismo tiempo, bondadosamente, proporcionaba a los pobres el combustible necesario.

Celosa ante todo de la educación de sus hijos, jamás dejó de conducirlos a la Sinagoga cada sábado. Siempre conservó con ellos una autoridad indiscutible ante la cual

se inclinaban con amor y respeto. Edith Stein escribirá de ella más tarde:

"*Cuando éramos niños, pudimos leer en el ejemplo de nuestra madre la verdadera manera de comportarnos. Cuando ella decía: esto es un pecado, sabíamos que se refería a alguna cosa aborrecible e indigna*".

Amaba particularmente a Edith; con frecuencia soñaba en un gran porvenir para su hija preferida. Su deseo se había de realizar; ¡pero de qué diferente manera!

Graciosa y delicada, Edith era también la predilecta de sus hermanos y hermanas que veían en ella una criatura singularmente dotada.

De un espíritu muy abierto, de una inteligencia viva y precoz, fue para ella un gozo entrar a la escuela primaria, en el otoño de 1897. Así comenzó para Edith una vida *de estudio que no abandonará hasta su muerte.*

LOS CAMINOS DE LA VERDAD

Escuela primaria, Gimnasio de mujeres, Universidad: Edith Stein siguió primeramente el curso normal de estudios, en su ciudad natal de Breslau. Muy pronto reveló su talento excepcional. Una de sus condiscípulas del Gimnasio nos dice: "*No obstante que varios alumnos eran muy inteligentes, Edith Stein los eclipsaba a todos por su talento y sus conocimientos. Era muy aplicada, pero no demostraba ningún celo ambicioso. El recuerdo que guardo de ella es el de una joven silenciosa, muy espiritual y con un gran poder de atracción. Fuera de la vida de estudio, tomaba parte en todas nuestras reuniones y nunca fue una "agua-fiestas". Podíamos dirigirnos a ella en todas nuestras dificultades. Siempre dispuesta a prestar un servicio y a dar un consejo, su juicio era reflexivo y seguro*".

El vivo interés que Edith demostraba por los estudios inquietó muy pronto a una madre tan vigilante como la suya. Temor, por lo demás bien fundado: porque los estudios de filosofía perjudicaban la piedad de la joven, que siempre había sido fiel en acompañar a su madre a la sinagoga. Su espíritu se abrió a otros horizontes, y poco a poco se fue desprendiendo de toda creencia profunda en un Dios personal. No debemos, sin embargo, creerle sin reservas, cuando llegó a confesar que fue atea hasta los 21 años. ¿No escribió también: "*La sed de la verdad es la única oración que me queda?*"

Esta manifiesta pasión por la verdad, ¿no era ya un homenaje inconsciente al verdadero Dios?

Al dejar a Breslau, se dirigió a Göttingen, para seguir la famosa cátedra del gran pensador de su época, Edmund Husserl. Dio libre curso a su pasión por el estudio y se distinguió muy pronto como una de las discípulas más brillantes de la fenomenología hurseliana. Esta nueva escuela de filosofía, con su retorno a la objetividad, su lógica precisa, su aspiración a la pureza integral de las cosas, respondía a las aspiraciones del temperamento de la joven judía.

Muy pronto llegó a ser una de las figuras de primer orden en un pequeño grupo de discípulos de Husserl, de los cuales varios adquirieron con el tiempo una fama mundial, como por ejemplo Dietrich von Hildebrand, Hans Lipps (muerto en la última guerra), el ruso Alexandre Koyré, el canadiense John Bell, el francés Jean Hering, etc. Al profesor Adolphe Reinach, israelita como Husserl y a varios de sus alumnos, los reunía en su casa. Sus debates, con frecuencia apasionados, se prolongaban hasta muy entrada la noche.

En esta época tuvo lugar la estancia en Göttingen del Profesor Max Cheler. Una serie de conferencias religiosas que dio tuvieron una profunda resonancia. Se desató todo un movimiento de conversión. Dietrich von Hildebrand entró en la Tercera Orden de San Francisco. Koyré y su esposa retornaron a la Iglesia Católica. Adolphe Reinach abrazó el cristianismo, en el curso de la guerra 1914-1918. Sólo Edith permaneció firme. En su cuarto de estudiante, los libros se apilaban. Más inflexible que nunca, se encarnizaba en la búsqueda de su único ideal: la verdad en la ciencia. Pero siempre abierta a la vida de los demás, siguió siendo la compañera encantadora y abnegada a la cual todos podían recurrir.

Agosto de 1914. La guerra. Ni por un momento Edith Stein vaciló en interrumpir sus queridos estudios para alistarse en la Cruz Roja. Durante dos años, se dedicó al servicio de los heridos, en el hospital militar de Mährisch-Weisskirchen.

Entretanto, en 1916, el profesor Husserl fue nombrado profesor en la universidad de Friburgo de Brisgovia. Considerando a Edith Stein como a su discípula predilecta, la solicitó para asistente particular. Encargada de clasificar y ordenar los manuscritos de su maestro, adquirió

por esto un conocimiento muy profundo de su doctrina. En 1917 obtuvo su doctorado con la más alta distinción, defendiendo una tesis sobre el problema de la inmanencia.

Más apremiante se hace en ella desde entonces la conquista de Dios. Su culto intransigente por la verdad la encaminó poco a poco hacia la plena luz. Un estudio publicado poco después de la guerra sobre el alma de las plantas, el alma de los animales y el alma de los hombres, reveló en ella una profundidad singular y quizá ya una conversión interior.

Magnífico ejemplo de un itinerario rigurosamente filosófico que, en lugar de alejarla de Dios, como algunos piensan, la atrajo infaliblemente hacia El.

LA HORA DE DIOS

En otoño de 1921, Edith Stein pasaba algunos días de vacaciones en la casa de sus íntimos amigos, los Conrad Martius, en su encantadora propiedad rural de Bergzabern, en Baviera. La estudiante iba allí a descansar con gusto. En la ausencia de sus amigos, disfrutaba a su sabor de la biblioteca de la casa. Allí es donde, entre los libros que tanto apreciaba, la Providencia tenía su día escogido. Escuchemos más bien las palabras de Edith Stein:

"*Un día, di al acaso, con una obra muy impanente. Se titulaba:* "VIDA DE SANTA TERESA, ESCRITA POR ELLA MISMA". *Comencé a leer y de pronto quedé cautivada por su lectura y na la interrumpí hasta que la terminé. Cuanda cerré el libro me dije: ¡esta es la verdad!*"

Afuera el alba comenzaba a despuntar... Edith Stein había pasado toda la noche leyendo. Bruscamente, la luz de Dios acababa de irrumpir en su alma.

Su primer paso esa mañana, fue ir a la ciudad para comprar un catecismo católico y un libro de misa. Se puso concienzudamente a estudiarlos y los asimiló muy pronto. Después, se decidió a asistir a la misa parroquial en Bergzabern.

Por primera vez entró en una iglesia católica. He aquí sus impresiones: "*Nada me pareció extraño; gracias al estudio hecho, comprendí las ceremonias hasta en sus más pequeños detalles. Un venerable sacerdote subió al altar y celebró el Santo Sacrificio con un profunda fervor. Una vez terminada la misa, esperé a que el celebrante concluyera su acción de gracias. Lo seguí a la casa cural y le*

pedí el bautismo. Con una mirada de asombro, me respondió que la recepción en la Iglesia católica exigía una preparación. Quiso saber desde cuánto tiempo había seguido una instrucción religiosa y quien se había encargado de dármela. Por toda respuesta le dije: "¡puede usted interrogarme, si así lo desea!"

Entonces el sacerdote comenzó su examen. Las respuestas fueron perfectas. Toda la doctrina católica se pasó en revista. Lleno de admiración, el sacerdote no pudo rehusarle el bautismo.

El 1º de enero de 1922, Edith Stein se bautizó. Escogió, por gratitud, el nombre de Teresa. Ese día hizo también su Primera Comunión y, desde entonces, fue fiel a la práctica de la comunión cotidiana.

El 2 de febrero siguiente, recibió, de manos del obispo de Spire, Monseñor Sebastián, el sacramento de la confirmación.

En la luz radiante de estos días de gracias, había una sombra: su madre. Desde su primera infancia, Edith Stein se había encariñado ardientemente con esta mamá admirable, cuyos sentimientos más íntimos compartía. Los trabajos más urgentes nunca interrumpieron su correspondencia semanal con ella.

¿Cuál sería la reacción de esta madre creyente, israelita ejemplar, al saber la decisión de su hija? ¿Podría ver en la conversión de Edith al catolicismo otra cosa que una suprema infidelidad? ¿No la arrojaría de su hogar?... Edith misma quiso darle la noticia. Partió para Breslau. ¡Patética entrevista entre la madre y la neófita! Cayó de rodillas y le dijo sencillamente: "*¡Mamá, soy católica!...*"

No hubo ningún extremo: pero, por primera vez, Edith Stein vio llorar a su madre... Al recibir semejante noticia, sus manos envejecidas desfallecieron entre las de su hija. Pero, a pesar del profundo desgarramiento que las separaba de hoy en adelante, madre e hija sentían que sus corazones seguían íntimamente unidos.

He aquí como una amiga de la familia ha descrito la nueva situación:

"*Estoy convencida,* dice, *que la trasformación que se ha operado en Edith y que irradia de todo su ser como una fuerza sobrenatural, ha desarmado poco a poco a la señora Stein. Mujer de una piedad profunda, sentía, sin comprenderla, la santidad que emanaba de su hija y, no obstante su dolor, reconocía su impotencia para luchar con-*

tra el misterio de la gracia. Porque inmediatamente nos dimos cuenta que Edith había cambiado. Sin embargo, tanto antes como después, permaneció profundamente adicta a los suyos y hacía lo posible por no modificar nada en sus relaciones de familia".

Para satisfacer el deseo de su anciana madre, Edith Stein se quedó seis meses en familia. Por piedad filial continuaba acompañándola a la sinagoga. Lejos de renegar del Antiguo Testamento, veía que en el plan de Dios era un paso lento hacia el Evangelio. Su recogimiento profundo arrancó a su madre esta reflexión: *"Jamás he visto orar a nadie como a Edith".*

EL SILENCIO LA LLAMA

La conversión realizó en Edith Stein una transformación profunda. Pónese luego a buscar su lugar en el campo del Señor. Desde luego renunció a sus funciones en la universidad de Friburgo y se dirigió a Spire en donde se puso bajo la dirección del canónigo Schwind.

La gracia trabajaba su alma. Poco a poco un atractivo profundo la llevó al sacrificio total: el claustro tenía para ella un imán especial. Sin embargo, los que la dirigían la disuadieron vivamente, porque pensaron que sus dones excepcionales la designaban para la acción en el mundo.

Pero vio su deseo realizado a medias, cuando le permitieron retirarse a la calma de un liceo de religiosas dominicas para entregarse a la enseñanza de las jóvenes. Obtuvo al mismo tiempo permiso para compartir la vida de comunidad de las religiosas. ¡Grande lección para tantos espíritus superficiales! A la hora en que esta mujer extraordinariamente dotada podía aspirar a las cátedras más famosas de Europa, se encerraba en la soledad de un horizonte aparentemente limitado. Pero allí había encontrado a Dios y esa Verdad que había tanto tiempo buscado por arduos caminos. ¿Qué más podía desear?

He aquí un testimonio que nos dan de ella:

"Oraba durante largas horas. Cuando las religiosas llegaban a la capilla, hacia las 4 ó 5 de la mañana, la "doctora" estaba ya en su lugar, arrodillada. Jamás se ponía a la vista, antes se ocultaba en todo. A pesar de lo cual, desde el primer contacto con ella, se sentía uno subyugado por la gran santidad que se desprendía silenciosamente de su ser".

Sus funciones de profesora le encantaban. Ahí encontró la posibilidad de abrir los espíritus jóvenes a las riquezas de su propio mundo interior, de fortificarlas en la fe y de encaminarlas hacia una verdadera vida cristiana. Había concebido una alta idea de la enseñanza, como nos lo revela esta confidencia que hizo a una religiosa:

"Lo que importa, es que los que enseñan posean verdaderamente el espíritu de Cristo y lo encarnen en sí mismos. Pero, además, les incumbe otro deber: conocer bien la vida que llevarán más tarde los alumnos que les han sido confiados. La generación de hoy día ha atravesado tremenda crisis. No podrá comprendernos; a nosotros nos toca, pues, comprenderla. Entonces podremos, tal vez, hacerle un poco de bien".

Las antiguas alumnas de Edith Stein unánimemente reconocen el inolvidable recuerdo que conservan de su profesora. De una serie de testimonios tomamos uno solo: Es de una de las alumnas más jóvenes de Edith Stein:

"Estaba en el instituto Sainte-Madeleine apenas hacía un año. Tenía entonces 17 años. La señorita Stein nos enseñaba literatura alemana. A decir verdad, nos daba todo. Estábamos todavía muy jóvenes, pero nunca hemos olvidado el encanto de su personalidad. Todos los días podíamos verla arrodillada delante de nosotras en su reclinatorio durante la Santa Misa. Así nos reveló lo que podía ser una fe profunda perfectamente armonizada con su vida. Para nosotras, que estábamos en la edad crítica, ya era un ejemplo su sola actitud. Nunca encontré objeción alguna a sus decisiones. Tal vez porque era un ser silencioso y tranquilo que nos dirigía más bien con su manera personal de obrar, que con sus palabras. En sus juicios críticos, la bondad se aunaba maravillosamente con la justicia. Siempre la vimos serena y de una exquisita finura.

De un espíritu muy amplio, logró permiso de llevarnos, por la primera vez, a un acto teatral. Cosa muy rara en aquella época para las colegialas. Se representaba Hamlet. Vimos la pieza teatral con sus propios ojos: ¡Tanto nos había introducido en el mundo de Shakespeare! ¡Qué corazón el suyo tan abierto a todas las bellezas esparcidas en el mundo!

Así permanecerá, indeleble y para siempre, en nuestro recuerdo Edith Stein".

RENE COURTOIS

(Versión de Rodolfo Franco, M.Sp.S.)

(Continuará)

OBRAS DEL EXMO. SR. ARZOBISPO PRIMADO DE MEXICO

EL ESPIRITU SANTO.—4a. edición.—420 págs. .....$ 12.00
Traducido al inglés.
JESUS.—4a. edición.—352 págs. 9.25
Traducido al inglés.
VIDA ESPIRITUAL.—3a. edición.—(edición española) 12.00
Traducido al inglés.
LA INTIMIDAD CON JESUS.—280 págs. 9.50
EL ESPIRITU SANTO Y LA ORACION.—144 págs. 5.00
LA PUREZA EN EL CICLO LITURGICO.—238 págs. 6.00
SANTA MARIA DE GUADALUPE.—2a. edición, 244 págs. 6.00
ALMAS PROCERES.—186 págs. 6.00
A PROPOSITO DE UN VIAJE.—3a. edición.—172 págs. 6.00
EL SACERDOTE, MISTERIO DE AMOR.—2a. edición (ed. española).. 10.50
EL CAMINO REGIO DEL AMOR.—264 págs. 9.50
FRANCISCO BANEGAS GALVAN, historiador, pedagogo, literato.—Discurso de recepción en la Academia de la Lengua.—LA PERSONALIDAD DE MONS. MARTINEZ.—Contestación del Lic. Alejandro Quijano 4.50

OBRAS DEL P. J. G. TREVIÑO, M.Sp.S.

LA EUCARISTIA.—7a. edición .....$ 7.25
Traducciones en inglés, francés, italiano y holandés.
CONFIEMOS EN EL.—6a edición 3.00
MADRE.—4a. edición 5.00
Traducción en holandés.
SENDEROS DE LUZ.—3a. edición 9.50
SENDEROS DE PAZ.—2a. edición 7.25
SENDEROS DE AMOR.—2a. edición 7.25
Estas tres series forman un pequeño tratado sobre la vida espiritual al alcance de todo los fieles.
LA MUJER.—2a. edición.—200 págs. 5.00
SI QUIERO, PUEDO SER SANTO.—2a. edición.—234 págs. 7.50
HACIA LAS CUMBRES.—3a. edición.—250 págs. y numerosos grabados 8.00
EL REINADO DEL ESPIRITU SANTO 5.00
PERFUMES LITURGICOS.—350 págs. 9.50
PADRE, SANTIFICALOS EN LA VERDAD.—278 págs. 8.00
ESCONDIDA SENDA.—Páginas sobre la vida religiosa. 266 págs. ... 7.50
VIDA.—Reflexiones sobre la vida de la gracia y de la gloria..... 5.00
LA HOSTIA SANTA.—2a. edición. Meditaciones sobre la Eucaristía.... 4.75
REGLAS DE DIRECCION ESPIRITUAL.—2a. edición.—208 págs. ... 9.50
Traducción en inglés.
CONFIANZA.—140 págs. 4.75
LA SOLEDAD DE MARIA 7.50
VOCACION.—Para orientar a los jóvenes en su vocación..... 7.50
LA DIRECCION ESPIRITUAL DE LA MUJER 4.50
REFLEXIONES Y EXAMENES PARA EL RETIRO MENSUAL.....

BIOGRAFIAS

EL P. FELIX DE JESUS.—Semblanzas biográficas del Rvmo. P. Rougier. 280 págs. y numerosos grabados 9.50
UN APOSTOL DE LA CRUZ.—Concepción Cabrera de Armida. 330 págs. y 20 grabados fuera de texto 9.50
ANTONIO PLANCARTE Y LABASTIDA.—2a. edición corregida y aumentada 5.50
UN ALMA SACERDOTAL.—Biografía del P. Javier M. Calderón y una selección de sus escritos. 120 págs. y 8 grabados fuera de texto,, 6.00
LA SONRISA DE UN ALMA.—Biografía edificante 3.00
CLAMOR DE SANGRE. Biografía de S. Felipe de Jesús y de sus compañeros 8.75

TRADUCCIONES

SANTIDAD Y BUENA VOLUNTAD 6.50
MARIA.—Por el P. Philipon 7.50
EL GENIO CREADOR DE TERESA DE LISIEUX.—Por el mismo autor 1.00
EL MENSAJE DE TERESA DE LISIEUX.—Por el mismo autor..... 6.00
LA VIDA DE UNION CON JESUS SEGUN LA DOCTRINA DE MONS. GAY 10.00

OPUSCULOS

MANUALITO DEL APOSTOLADO DE LA CRUZ 2.00
LAS RELIGIOSAS DE LA CRUZ.—Su vida—sus fines—su oportunidad. 3a. edición, numerosos grabados ..... $ 3.00
EL SACRAMENTO DE LA UNION CON DIOS.—Instrucciones sobre la Comunión 0.75
EL SACRAMENTO DEL PERDON DIVINO.—Instrucciones sobre la Confesión 0.75
BREVE NOTICIA SOBRE LOS MISIONEROS DEL ESPIRITU SANTO 2.00
BREVE NOTICIA DE LAS MISIONERAS CATEQUISTAS GUADALUPANAS.—Numerosos grabados 2.00
¡YO LA MATE...! Drama en 5 actos. 3a. edición 2.50
DOS NAVIDADES.—Drama en 7 cuadros. 2a. edición 0.60
NUEVO METODO PARA REZAR EL SANTO ROSARIO. ..... $ 0.25 ejemplar; ciento.. 20.00
VIA-CRUCIS.—Edición artística y de lujo. $ 1.25 ejemplar; ciento.. 87.50
VISITAS AL SAGRARIO.—..... $ 0.50 ejemplar; ciento.. 37.50

MUSICA RELIGIOSA

DUERME NO LLORES.—3a. edición. Villancico, letra y música..... 0.60
TRILUDIO GUADALUPANO.—3 cánticos populares 2.50
SEIS CANTICOS AL ESPIRITU SANTO Y A LA CRUZ..... 2.50

LIBROS LITURCICOS

MISALES de Lefebre para los fieles:

Diario, piel, cortes oro ..... $ 85.00
Diario, chagrin, lujo 103.25
Diario Vesperal, percalina, cortes rojos 70.00
Diario Vesperal, piel cortes oro 106.75
Diario Vesperal, chagrin, lujo 122.75

Obras de la Sra. C.C. de Armida:

ANTE EL ALTAR — ROSAS Y ESPINAS — HORAS SANTAS — ¿QUIEN SERA EL? — CHISPITAS DE AMOR — VISITAS A JESUS SACRAMENTADO — VIDA DE AMOR.

Empastados en tela, $ 9.00. (Rosas y Espinas, $ 10.00 y Vida de Amor, $ 2.00.)

LOS DESIGNIOS DE DIOS vistos a través de "**El Condenado por desconfiado** y otras comedias españolas. Por el P. José Ma. Gallegos Rocafull. 304 páginas, esmerada impresión, $ 15.00.

Novedades:

"¡VEN, JESUS!"

Meditaciones para prepararse a la fiesta de Navidad, por el Exmo. Sr. Dr. D. Luis M. Martínez, Arzobispo Primado de México.

Un volumen de 21 x 14 cms., con varios grabados y 120 págs.: $ 8.25, rústica.

Por primera vez publicamos el

CALENDARIO DE "LA CRUZ"

artísticamente presentado. Ejemplar, $ 3.75. Descuentos especiales a los agentes y al por mayor.

"CLAMOR DE SANGRE"

Ensayo sobre la vida y martirio de San Felipe de Jesús, de sus compañeros y de los principales mártires del Japón, por el P. José Guadalupe Treviño, M.Sp.S.

Un volumen de 21 x 14 cms., 174 págs., $ 8.75 rústica.

"VIDA DE AMOR CON JESUS SEGUN LA ESPIRITUALIDAD DE MONS. GAY"

Trata de los principios, de las condiciones y de la práctica de la unión con Jesús, con citas de las obras de Mons. Gay. Arreglo y versión del P. José Guadalupe Treviño, M.Sp.S.

Un grueso volumen de 14 x 21 cms. y 340 páginas, $ 10.00 rústica.

"EL MENSAJE DE TERESA DE LISIEUX"

por el R.P M. M. PHILIPON, O.P., versión autorizada del P. J. Treviño, M.Sp.S.

Un volumen de 21 x 14 cms., 128 páginas, $ 6.00 rústica.

MANUALITO DEL APOSTOLADO DE LA CRUZ

por el P. José Guadalupe Treviño, M.Sp.S. Es un edición enteramente nueva que da a conocer el espíritu del Apostolado de la Cruz.

Opúsculo de 72 páginas, carátula a colores, $ 2.00 rústica.

1956: Renueve su Suscripción a "LA CRUZ" y "Pentecostés".

Administración de "LA CRUZ"

APARTADO 1580. MEXICO 1, D. F.

Imprenta Aldina. - Huatabampo 50. - México 7, D. F.

FOR LIBRARY USE ONLY
Princeton Theological Seminary Library
1 1012 01470 5893